



www.loqueleo.es

© 2023, Rafael Salmerón

© De esta edición:

2024, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-555-3

Depósito legal: M-35187-2023

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: febrero de 2024

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Coordinación editorial:

Marta Olivares

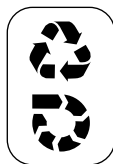
Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

SOLLOS (13-18)

Rafael Salmerón

loqueleq

For Emily.
My American little sister and rattlesnake charmer.

El fin. El principio

Corre

9

«Corre. Lo más rápido que puedas. Corre sin parar. No te detengas. Aunque sientas que no tienes aire en los pulmones. Aunque sientas que el corazón te va a estallar en el pecho. Como si te fuera la vida en ello». Porque me va la vida en ello.

Si me alcanzan, estoy muerto. No es una suposición. Es un hecho. Si me cogen, se acabó.

Son cuatro. Eso creo. Cuatro al menos. Tal vez sean más.

Por lo que he podido ver van todos armados. Con machetes, lanzas, cuchillos... No estoy seguro. Creo que uno de ellos también lleva un hacha. No estoy seguro, pero qué más da.

Afortunadamente, no tienen armas de fuego.

Si las tuviesen, ya me habrían disparado.

Así que correr es mi única opción. Correr más que ellos.

Están detrás de mí. Cerca. Oigo sus gritos. Oigo sus carreras. Sus respiraciones agitadas. Y sé que su objetivo no es robar lo poco que tengo. Su objetivo es darme

caza y acabar conmigo. Porque para ellos no soy más que una presa. Aunque, desde luego, si lo logran, si me cogen, también robarán lo poco que tengo. Si me cogen. Si me cogen, me matarán y después se quedarán con todas mis posesiones. Con lo que llevo en la mochila, con la mochila, con mi cuchillo, con mis botas, con mi cazadora, con todo lo que les parezca de utilidad.

Si me cogen.

10

Si me cogen, estoy muerto. Tengo que correr más deprisa. Están cerca.

Si me cogen, espero que sea rápido.

No puedo pensar en eso. «Concéntrate en correr. Nada más que en eso».

«Corre. Corre más rápido, ¡maldita sea!».

Aunque el aire que entra y sale de mis pulmones que me como el fuego.

Aunque mis piernas estén cada vez más rígidas. Aunque sean como tablas en las que se clavan cientos de agujas.

«Corre».

«Corre por tu vida».

«Corre».

Corro en zigzag, cambiando constantemente de dirección. Y corro directamente hacia los árboles que me voy encontrando, esquivándolos en el último momento. No sé, tengo la esperanza de que, haciéndolo, tal vez, alguno de mis perseguidores no pueda reaccionar a tiempo y se estrelle contra el tronco. Sé que es una idea estúpida, pero no tengo mucho más a lo que aferrarme. Y estaría

bien. Uno menos. Entonces solo serían tres, pero seguirían siendo demasiados. Además, podrían ser más de cuatro. Tal vez cinco, seis, cien... No puedo evitarlo. En mi mente me persiguen cientos, miles de ellos. Y están cada vez más cerca. Y van a atraparme. Quiero girar la cabeza para comprobarlo, saber con certeza qué es lo que hay a mi espalda, pero no puedo hacerlo. Si pierdo tan solo un segundo, si bajo el ritmo, estoy muerto.

Sigo corriendo.

Aunque no puedo más.

11

Corro directamente hacia un árbol. Quiero esquivarlo en el último segundo. Otra vez. No sé si servirá de algo, pero necesito creer que sí. Entonces lo oigo. Un silbido que se acerca por mi derecha. Justo en el momento en el que giro a la izquierda para no chocar contra el tronco. Y en ese tronco se clava la lanza que acaban de arrojarme.

Por muy poco. Un segundo antes, o un segundo después, y ahora estaría muerto. O malherido, en el suelo, sobre las hojas secas que se pudren. Esperando a que mis perseguidores terminasen su trabajo.

Sigo corriendo. El dueño de la lanza que ha estado a punto de terminar con mi carrera ha tenido que detenerse para poder arrojlarla. A lo mejor también se detiene a recuperarla. Tal vez eso me dé algo más de tiempo. Alguna ventaja.

No puedo contar con ello.

Tengo que correr. Tengo que seguir corriendo.

No puedo más.

Pero tengo que poder.

Correr.

Seguir corriendo.

Sin parar.

Sin aflojar el ritmo.

Porque no puedo detenerme y enfrentarme a ellos.
Son cuatro. Al menos. Son demasiados.

Si fuesen solo dos, no seguiría corriendo. Incluso tres.
Tal vez, si solo fuesen tres, tendría alguna oportunidad.

12 Pero son cuatro. Al menos. Pueden ser más. Cinco.
Diez. Cien. Qué más da. Si me cogen, estoy muerto.

Decido cambiar de dirección de nuevo. Primero a la izquierda. Y luego a la derecha. Y otra vez a la izquierda. Enseguida el terreno se empina. Cada vez me cuesta más correr. Aunque supongo que a ellos también.

Oigo como me persiguen.

Sin embargo, me parece que ya no están tan cerca.

Tal vez voy a lograrlo.

Tal vez sobreviva.

Tal vez hoy no sea el día de mi muerte.

Tal vez.

Así que tengo que correr aún más rápido.

Correr sin mirar atrás.

Pero...

¿Qué?

¡No!

¡Noooo!

Tengo que...

No puedo... No... Sí... Lo he conseguido... Por muy poco.

Detengo la carrera bruscamente.

Casi no lo consigo.

Casi no he tenido tiempo.

He estado a punto de caer por un precipicio.

Decenas de metros de caída que han aparecido ante mí como surgidos de la nada.

Miro hacia abajo. Hacia las rocas contra las que me habría estrellado de no haberme detenido a tiempo; pero no puedo pensar en lo que me habría sucedido, porque los que me persiguen ya están aquí.

Retrocedo un par de pasos y me giro lo más rápido que puedo.

En cuanto lo hago, me encuentro con que el primero de mis perseguidores se abalanza sobre mí con un hacha en las manos. Apenas tengo el tiempo suficiente para detener el impacto. Caigo al suelo, de espaldas, y él cae sobre mí. Forcejamos y el hacha escapa de sus manos. Intento librarme de él, pero es más fuerte que yo. El peso de su cuerpo sobre el mío me impide moverme. Aunque ya no está armado, sigue atacándome. Con sus brazos. Con sus manos.

Unas manos que encuentran mi cuello. Y comienzan a apretarlo. Intento zafarme, pero no lo consigo. Su cara está tan cerca de la mía que puedo oler su aliento. Su furia. Su odio.

Aprieta con todas sus fuerzas y siento que el aire no llega a mis pulmones. Me ahogo.

Sus ojos y su boca son los de un animal. Un animal salvaje. Un asesino.

Tengo que librarme de esas manos. Siento que no voy a resistir mucho. Siento que la vida se me escapa.

Y él no me suelta. No deja de apretar mi cuello.

Voy a morir y no puedo hacer nada para impedirlo.

Saboreo la desesperación en mi garganta.

Entonces ocurre.

No lo pienso, simplemente, sucede.

14 Mi mano, haciendo uso de las pocas fuerzas que me quedan, bucea en el bolsillo de mi chaqueta y encuentra algo metálico. El revólver.

Intento sacarlo de allí, pero no lo consigo.

Voy a morir.

Pero mis dedos agarran la culata y buscan el gatillo. Y se topan con él. Y lo presionan.

La detonación suena hueca. Como un trueno escondido en una caja.

Las manos que agarran mi cuello pierden la fuerza y se convierten en algo flácido. Yo intento liberarme del peso que me aplasta, y mi atacante rueda, sin voluntad, hasta quedar tumbado, boca arriba, junto a mí. Mientras busco desesperadamente volver a llenar mis pulmones, miro de reojo el cuerpo que yace a mi lado. Tiene un agujero en el pecho. La sangre brota despacio. Sus ojos están muy abiertos. También su boca.

Está muerto. Yo lo he matado.

Por unos instantes, el resto de mis perseguidores no se mueven. Son tres. La sorpresa los paraliza. Sin embargo, esa sorpresa se convierte de nuevo en rabia. En furia.

Van a venir a por mí.

Entonces, todavía en el suelo, saco el revólver del bolsillo y les apunto.

Ya están viniendo.

Y yo disparo. Sin querer.

El disparo se pierde en el aire, pero ellos se detienen. Y en sus rostros hay duda. Y miedo.

Me incorporo sin dejar de apuntarles.

Yo tengo un arma. Un arma de fuego. Y ellos no. Por lo que, de pronto, la balanza de fuerzas cambia. Ahora yo soy la amenaza.

Aunque no me quedan balas.

Tengo que salir de aquí. Así que decido cambiar de estrategia.

—¡Quietos! —les grito, y ellos obedecen.

—¡Soltad las armas!

Ellos dudan.

—¡He dicho que las soltéis!

Apunto a la cabeza al que lleva una lanza. Y él la deja caer al suelo. Entonces apunto a los otros dos. Llevan cuchillos, pero también los sueltan.

Sin dejar de apuntarles, comienzo a descender la colina. Despacio, manteniendo las distancias, caminando primero de lado y después de espaldas, me voy alejando.

—¡No os mováis!

Se miran entre ellos. No saben qué hacer. Así que no hacen nada.

Yo sigo caminando.

Ellos permanecen donde están. Sin dejar de mirarme. Llenos de odio, pero también de miedo.

Cada vez estoy más lejos de ellos. Creo que tengo ventaja suficiente. De manera que, bruscamente, me doy la vuelta y echo a correr.

Giro la cabeza un momento y no veo que me estén persiguiendo, aunque no estoy seguro. Por eso corro lo más rápido que puedo. Dejo las cabañas atrás y me dirijo hacia la carretera. Cuando la encuentro, me detengo un segundo. Para recuperar el aliento y para decidir qué camino seguir.

16 Compruebo que no me siguen. De todos modos, no puedo arriesgarme. Para llegar a las cascadas, tendría que cruzar y creo que ir hacia la derecha, pero no voy a hacerlo. Tengo que estar seguro de que no voy a llevarlos hasta mis amigos.

Hay un grupo de rocas al otro lado, a la izquierda. Voy hacia allí y me escondo. Permanezco en silencio, con todos los sentidos puestos en el lugar por el que podrían aparecer mis perseguidores.

He matado a ese chico. Yo no quería hacerlo, pero me estaba estrangulando. Iba a matarme. Así que no he tenido más remedio. Ha sido en defensa propia.

Pero está muerto. Yo lo he matado. Y eso no va a cambiar.

En un instante, con un gesto tan insignificante como mover un dedo, he acabado con la vida de un chico de mi edad.

Pero ¿por qué? ¿Por qué ha tenido que ser así? No lo entiendo. ¿Por qué querían matarme? Siento que la cabeza me va a estallar. Siento que el corazón se me va a salir

del pecho. Siento que nada de esto tiene sentido. El mundo se ha vuelto loco. Nos hemos vuelto todos locos. No somos más que animales rabiosos, asustados, sedientos de sangre. Ahora no somos más que eso. No somos más que violencia. Sangre. Muerte.

Me siento distinto.

Ya no soy el mismo.

Me siento diferente.

Me siento asustado. Porque debería estar muerto.

Aunque me siento aliviado. Porque no estoy muerto.

17

Pero también me siento débil. Y asustado. Porque ahora sé que yo también soy capaz de hacerlo. Soy capaz de matar. Porque ahora sé que yo también soy un animal rabioso. Un animal acorralado y peligroso. Ahora yo también soy un asesino. Eso es lo que me ha mantenido con vida. Estoy vivo. Era él o yo. Y ha sido él. Yo sigo aquí. Aunque yo no quería esto. No he tenido elección. Sin embargo, pensar eso no hace que me sienta mejor.

Tengo frío.

Y ganas de vomitar.

Vomito.

Tiemblo.

Me abrazo a mí mismo.

He matado a una persona.

Pero yo estoy vivo. Sigo aquí.

Tengo que concentrarme. Pueden aparecer en cualquier momento.

Pero no lo hacen. No me han seguido.

Espero todavía unos minutos más. Para estar seguro.

No dejo de ver el rostro de ese chico. Con los ojos tan abiertos y la sangre manando del agujero en su pecho.

Tengo ganas de gritar, pero me contengo. Tengo que dejar de pensar en eso. Tengo que distraerme.

Abro la mochila y ahí está. El paquete de tiritas que he cogido del botiquín. Tiritas con la imagen dorada y roja de Iron Man. Es todo lo que he conseguido. A cambio de una vida humana. Desde luego que ese no era el plan, pero así ha sido. He matado a una persona y mi recompensa es una caja de tiritas de Iron Man.

Tiritas de Iron Man

19

—Buenos días, ¿qué tal está?

—Muy bien, gracias, ¿y usted?

—Genial. ¿Esto es todo? ¿Solo las tiritas?

—Sí. Nada más.

—Ah, Iron Man.

—Sí.

—Es mi superhéroe favorito.

—También el de mi hermano. Mi hermano pequeño.

Tiene ocho años.

—Entonces seguro que le encantan. Las tiritas. Son un modelo nuevo y brillan en la oscuridad.

—Ya.

—Entonces, ¿nada más?

—No.

—¿Ha encontrado todo lo que necesitaba?

—Sí. Solo era esto.

—Pues en total serán... cinco con treinta.

—De acuerdo. Aquí van cinco y... treinta centavos.

—Gracias.

—A usted.

—Que tenga un buen día.

—Igualmente.

Salgo de la farmacia con las tiritas de Iron Man.

Son para mi hermano. Mi hermano pequeño. Se llama Benjamin. Ben. Benny ni en broma. No le gusta nada. Dice que lo odia. Que lo odia a muerte.

Es un poco exagerado. Bastante exagerado.

20 Esta tarde ha venido del colegio muy disgustado. Se ha caído jugando en el patio y se ha hecho una herida. Nada serio, pero ha sangrado. Y, para un niño de ocho años, la sangre sí que es cosa seria. Y el único remedio para curar una herida sangrante es, como todo niño de ocho años sabe, una tirita. Pero no una tirita amarilla con lunares verdes, como la que le han puesto en la enfermería del colegio. Tiene que ser una tirita especial. Y para mi hermano cualquier cosa especial tiene que ver con Iron Man. Ben alucina con él, está completamente obsesionado. Su pijama es de Iron Man, igual que sus sábanas, sus zapatillas, sus pósteres, sus juguetes, su mochila. Todo tiene que ser de Iron Man. Porque, según sus propias palabras, Iron Man es el superhéroe que más mola, ya que, además de ser supermultimillonario, es superlisto, y es capaz de fabricar cualquier cosa que se proponga. Y ese es su superpoder, la superinteligencia. Yo le digo que también la super cuenta corriente, pero Ben siempre me replica que es multimillonario porque es superlisto y superguay, y fabrica un montonazo de cosas que lo molan todo y que por eso tiene tanto dinero. Yo no intento explicarle que Iron Man, o sea, Tony Stark, ya era

rico cuando nació ni discutir con él por tres motivos: primero porque mi hermano solo tiene ocho años; segundo porque Tony Stark-Iron Man no es más que un personaje de ficción, y no merece la pena discutir por eso; y tercero, y quizá el más importante, porque es imposible discutir con Ben. Si tuviese que decir cuál es el superpoder de mi hermano pequeño, no tendría dudas: es supercabezota. Pero me adora. Y es normal. Tienes que ser muy capullo para que tu hermano de ocho años no te idolatre cuando tú tienes diecisiete. Y no soy un capullo. La verdad es que suelo ser bastante majo. Incluso mis padres lo dicen. Quizá ese sea mi problema. Quizá soy demasiado majo. Y, algunas veces, me gustaría ser un poco más capullo. No mucho, solo lo suficiente para que ella se fijase en mí.

21

Ella se llama Mackenzie. Y es preciosa. Y es la capitana del equipo de animadoras. Y sí, como es lógico, su novio es una estrella del deporte. Y es un capullo. Un capullo integral. Qué le vamos a hacer, parece que a ellas, a las chicas que nos gustan, las guapas, las populares, siempre les gustan los capullos. No los chicos majos como yo. Y, repito, él es un auténtico supercapullo. Su nombre es Hunter y es el *quarterback* titular de los Cougars. Típico. Tópico. Tanto que da asco. Y yo doy pena. Pero qué le vamos a hacer. Ella es demasiado guapa para que yo pueda reflexionar sobre mi estupidez con la claridad necesaria. Y para que pueda hacer algo por remediarlo. Es mirarla y se acabó. Mi supuesta inteligencia se nubla. Desaparece. Y solo están ella y su perfecto..., su perfecto todo.

Qué más da.

Es lo que hay.

Ya se me pasará. Digo yo. Algún día. Supongo que cuando encuentre a otra como ella. Otra Miss Perfección a la que adorar desde la clandestinidad. Otra chica guapa y popular cualquiera que se muera por otro supercapullo cualquiera.

Por ahora es ella. Mackenzie Jean Thomas.

Camino de vuelta a casa. Solo son dos manzanas.

22 Vivo en el centro. Con mis padres y mi hermano pequeño. En un apartamento. No en una casa, como la gente normal. Al menos no como la gente normal de esta ciudad. Antes, cuando vivíamos en Chicago, casi todo el mundo que conocía vivía en un apartamento. Nosotros no. Nosotros vivíamos en una casa. Mi madre se empeñó. Decía que necesitaba tener un jardín con flores. Que había crecido con un jardín con flores y que vivir en una casa era la única forma humana de vivir. Que no éramos hormigas ni abejas. Que una familia necesita su propio espacio. Eso fue hasta que aquello pasó. Hasta que aquel hombre entró en nuestra casa. Armado con una pistola. En medio de la noche. Y en nuestra casa no había armas. Mi padre siempre se había opuesto, aunque mi madre decía que ella había crecido rodeada de armas y que nunca le había sucedido nada malo. Al contrario, siempre le había hecho sentirse más segura. Sin embargo, mi padre no había dado su brazo a torcer. Decía que las armas solo sirven para una cosa: para matar. Y que, si alguien que no está acostumbrado, alguien que no es un criminal o un asesino, empuña un arma, es muy probable que ese

alguien acabe muerto. Así que fin de la discusión. Y tal vez tenía razón. No sé qué hubiera pasado si hubiésemos tenido un arma cuando ese hombre entró en nuestra casa. Tal vez yo no estaría vivo. O mi familia no lo estaría.

El caso es que aquel hombre entró en nuestra casa, de madrugada, armado con una pistola. Y se llevó todo el dinero que había en casa. Y el reloj de mi padre. Y algunas baratijas. No lo recuerdo muy bien. Solo recuerdo sus ojos. Los del hombre. Inyectados en sangre. Y recuerdo que sudaba mucho. Muchísimo. Y que yo estaba aterrorizado. Estaba convencido de que íbamos a morir. Sin embargo, no fue así. Aquel hombre se dio por satisfecho con el botín y se marchó por donde había venido.

Aunque todo cambió desde aquel día.

Mi madre se volvió paranoica. No podía dormir. Decía que la casa no era segura. Decía que la ciudad no era segura. Que teníamos que irnos. Al campo. A un lugar como aquel en el que ella había crecido.

Pero ese sitio no existía más que en sus recuerdos. No puedes encontrar un sitio así en el mundo real.

Un mundo de tartas de manzana y buenos vecinos.

Un mundo en el que puedes dejarlo todo, dejar el trabajo, las facturas, los estudios, todo, y marcharte a un paraíso de jardines y de flores.

Sin embargo, ella insistió. E insistió. Hasta que un día nos mudamos. Mi padre consiguió que su empresa lo trasladase a una de sus sucursales más pequeñas. Aunque nadie lo entendió. Dijeron que estaba tirando su carrera

por el retrete. Que iba a perder cualquier oportunidad de ascender. Por no mencionar que su sueldo se iba a ver reducido notablemente.

24 Aun así, nos mudamos. Al sur. A Carolina del Norte. Cambiamos la Ciudad del Viento y sus casi 3 millones de habitantes a orillas del lago Michigan por Asheville, una pequeña ciudad de apenas 70.000 perdida en un valle en medio de los montes Apalaches. Eso sí, nos mudamos a un apartamento, en el quinto piso de uno de los pocos edificios de apartamentos decentes de la ciudad. Y lo primero que hizo mi madre al llegar a nuestro nuevo hogar fue buscar la tienda de armas más cercana. Mi padre trató de disuadirla, pero no hubo manera. Sin embargo, no fue tan sencillo. Contrariamente a lo que creíamos, no resulta fácil adquirir un arma en Carolina del Norte. Bueno, comprar un rifle es sencillo, tan solo tienes que ir a la tienda, lo pagas y te lo llevas a casa. Pero hacerse legalmente con una pistola o un revólver es más complicado. Necesitas un permiso del *sheriff* del condado y eso tarda más o menos un mes. A pesar de todo, mi madre no se dio por vencida. Rellenó todos los formularios que había que rellenar, esperó lo que había que esperar y, finalmente, volvió a casa con un revólver 38 Special de Smith & Wesson, con capacidad para seis balas en el tambor. Desde entonces, volvió a dormir con normalidad.

Poco después comencé las clases en mi nuevo instituto, Asheville High, hogar de los Cougars. Y allí estaba ella, sentada en la tercera fila, brillando como un pequeño sol de diecisiete años. Mackenzie Jean Thomas.

Rubia, de ojos azules, sonrisa perfecta, dientes perfectos, piernas perfectas. Un perfecto todo. Y, por supuesto, con el novio perfecto: Hunter Lee DuPree, la estrella de los Cougars. Y allí estaba yo, en el sur, en medio de las montañas, el chico nuevo, venido del norte, de la gran ciudad, con mis modales ásperos, con mi carácter huraño de urbanita, rodeado de todos aquellos sueños tan amables, con aquellos nombres compuestos tan distintos del mío. Mackenzie Jean, Hunter Lee... Y también Jeanine Claire, y Jimmie Dale, y Emma Lou, y Bobby Jack...

25

¿Qué estaba haciendo yo allí?

Ni idea.

Pero...

¿Qué estaba haciendo antes, en Chicago?

Ni la más remota idea.

Así que supongo que el cambio no había sido tan drástico. Había pasado de estar absolutamente perdido en Chicago, Illinois, a estar absolutamente perdido en Asheville, Carolina del Norte.

Perdido.

«Buenos días, chicos. Este es vuestro nuevo compañero: Sam Moure. Viene de Chicago y está perdido».

Hubiera sido gracioso.

«Hola, me llamo Sam y estoy perdido». Pero ¿acaso no lo estamos todos? No lo sé. No creo que las Mackenzies Jeans ni los Hunters Lees del mundo se sientan así. Tal vez lo estén, aunque seguro que jamás lo reconocerían. Tal vez ni tan siquiera lo sepan, pero yo sí que lo

reconozco. Yo sí que sé que estoy perdido. No sé lo que hago ni sé lo que quiero hacer. Por ahora, ir pasando los días es más que suficiente.

Ya he llegado a casa. Saludo al portero. Se llama Prentis. O eso dice. No tiene pinta de llamarse Prentis. Tiene pinta de llamarse Raúl, Manuel, José o algún otro nombre hispano. Desde luego, Prentis sí que no. Pero si él dice que se llama Prentis, pues Prentis se llama.

26

Es un tío majo. No al estilo de aquí. Más al estilo de Chicago. Más de ciudad. De ciudad grande, quiero decir. He hablado con él un par de veces. Digo más allá de los saludos y demás. Me ha dicho que es de Atlanta, Georgia, pero su acento le delata. Yo creo que es de Nueva York. Del norte, seguro. Pero tampoco pienso discutir con él sobre su procedencia. Creo que oculta algo. Tal vez tiene una mujer a la que no le pasa la pensión, tal vez pagó con cheques sin fondos. No sé, tal vez es algo más grave. Aunque no lo creo. Igual que no tiene pinta de llamarse Prentis ni de ser de Atlanta, tampoco tiene pinta de peligroso fugitivo perseguido por la justicia. Es demasiado majo.

Y me encanta vacilarle. Al estilo de la gran ciudad. Algo que aquí no puedo hacer muy a menudo.

—Hola, Prentis.

—¿Qué pasa, chaval?

—Nada. Lo de siempre.

—¿Y tu hermanito? Ese pendejo me trae loco. No hace más que chincharme cuando pierden los Knicks.

—Es lo que tienen los Knicks. Lo de perder, digo.

—¿Tú también?

—Es tu culpa. Con lo fácil que te sería ser hincha de los Hawks. Por lo de ser de Atlanta y todo eso.

—No me gustan los pájaros.

—¿Tampoco te gustan los melocotones?

—No le hables de melocotones a uno de Georgia, ¿ok?

—Pues por aquí me han dicho que los melocotones de Carolina del Norte no tienen nada que envidiar a los de tu tierra.

—Te la estás buscando...

—¿Y qué vas a hacer, Prentis? ¿Lanzarme melocotones? Por cierto, ¿cómo era? Prentis... ¿O'Connell?... ¿O era McDermott?

—Pinche tocapelotas.

—Algún día voy a descubrir tu secreto. Soy como un sabueso tras un hueso, y mi hueso eres tú. Voy a sacar todos tus trapos sucios a relucir. Voy a descubrir cuál es el terrible crimen que ocultas.

—El único crimen que voy a tener que ocultar va a ser cuando acabe contigo y con el pendejo de tu hermanito.

—Y eso, ¿va a ser antes o después de que los Knicks ganen un partido?

Prentis me lanza la bayeta con la que estaba limpiando el mostrador de la portería. Yo la cojo al vuelo y se la devuelvo.

Él ríe y me dice algo en español. Yo también río. Aunque no entiendo nada de lo que me ha dicho. Tal vez debería. Mi bisabuelo no estaría muy orgulloso de mí. Bueno, no sé, tal vez podría encontrar una excusa. Seguro

que Prentis ha utilizado alguna expresión latina que no conozco. Aunque, la verdad sea dicha, mi nivel de español no es gran cosa. No para alguien que se apellida Moure. No para alguien cuyo bisabuelo era español. Republicano exiliado al final de la Guerra Civil. La española, digo. No la nuestra. Nuestra porque yo soy americano. Al 100%. Nunca nadie ha pensado que fuera de otro modo. En primer lugar, porque mi apellido, Moure, no suena hispano. Para nada. Casi siempre piensan que es irlandés. Y que yo sea pelirrojo y que tenga los ojos verdes, igual que mi padre, igual que mi abuelo y que mi bisabuelo, pues no me hace parecer español o hispano; o sea, no sé, que nunca me he considerado ni me han considerado parte de ninguna minoría étnica. Nunca me he visto distinto a ningún Johnson, Davids, Miller o Smith. Tal vez eso mismo le ocurre a Prentis.

—Hasta mañana, «Atlanta» Prentis.

—Largo de aquí.

Me dirijo al ascensor. Pulso el botón de llamada y espero. Una chica baja por las escaleras. Lleva una boina de lana de color frambuesa y un fular enorme que cubre su cuello y su boca. Ya la he visto antes. Apretados contra su pecho sostiene un montón de libros. Camina mirándose los pies. Y viene directa hacia mí. Yo me muevo a mi izquierda para dejarla pasar. Ella se mueve a su derecha para esquivarme y chocamos.

Sus libros caen al suelo.

—¡Mierda! —exclama.

—Lo siento —me disculpo.

Se agacha a recoger los libros. Yo hago lo mismo. Son libros de arte. Gauguin, Pollock, Picasso y otros que no conozco.

—Deja que te ayude.

—¡No! Yo puedo sola.

Recoge los libros con rapidez, se levanta y se va. Con la cabeza gacha. Sin mirarme.

«Qué chica tan encantadora y tan amable», murmuro. El ascensor llega. Las puertas se abren. Yo entro y pulso el botón.

Quinto piso.

Saco las llaves del bolsillo y abro la puerta del apartamento.

—¿Sam?

—Sí, mamá.

—¿Compraste las tiritas?

—Sí. De Iron Man.

Ella menea la cabeza con desaprobación.

—Estás malcriando a tu hermano.

—Son solo unas tiritas.

—Teníamos tiritas.

—Ya...

Lo sé. Y es cierto. Lo estoy malcriando. Le concedo todos los caprichos. Lo que quiera. Pero qué le voy a hacer. Soy ese tipo de hermano mayor. El hermano mayor guay. No estoy hecho para ser un hermano mayor del tipo torturador. No es lo mío. Así que voy a la habitación de Ben.

—¿Qué tal, colega?

—Bien.

—Mira lo que te he traído.

—¿A ver? ¡Walaaa! ¡De Iron Man! ¡Qué guay!

—¿Te gustan?

—¡Me encantan! ¡Son lo más!

—Me han dicho que brillan en la oscuridad.

—¿De verdad?

—Vamos a comprobarlo.

30 Abre la caja sin miramientos, coge una de las tiritas e intenta quitarle el envoltorio.

—Deja que te ayude.

—Puedo yo.

—Vale.

Pero no puede.

Me mira con una mezcla de frustración y súplica.

—Ya lo hago yo.

No es fácil.

—Ya está. ¿Te la pongo?

Ben asiente.

—¿Qué tal?

—Bien.

—¿Apagamos la luz?

—¡Sí!

Nuestros ojos tardan unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad.

—¡Mira! —grita mi hermano.

La cara roja y dorada de Iron Man brilla, aunque no tanto como imagino que debe de brillar la cara pecosa de mi hermano Ben.

Ben...

Mi hermano Ben...

Su cara risueña y pecosa...

Su cara...

Intento recordarla.

Intento recordarlo.

Pero es cada vez más difícil.

Como es también cada vez más difícil recordar cómo era el mundo cuando todo era tan sencillo como bajar a la tienda y comprar unas tiritas de Iron Man.